



FEMINISMOS

¿QUÉ ENTENDEMOS POR FEMINISMO(S)?

Feminismo es teoría y práctica política: desde la propia experiencia de ser mujer, cuestionamos nuestro lugar en la sociedad y vamos construyendo feminismo colectivamente. Cuando nos reunimos con otras y conversamos sobre nuestras historias de vida, adquirimos consciencia de que la violencia no es algo que sólo nos ocurre como individuos, sino que es una experiencia compartida por todas las mujeres. Esta puesta en común, es el primer paso que nos devela la existencia de relacionamientos desiguales entre mujeres y hombres.

En este camino aprendemos de las otras, con las otras y de aquellas que nos precedieron. Feminismo es también la historia que nos ha sido negada y la acumulación de conocimientos que desnaturalizan y politizan la violencia, conceptualizando el patriarcado, sus consecuencias, y mecanismos de producción y reproducción. En la medida que hacemos carne estos saberes desde la propia experiencia, surgen nuevas propuestas, conceptos e ideas.

Una de las grandes contribuciones del feminismo ha sido desestructurar la idea de que el saber es abstracto, universalizado, objetivo y neutral; demostrando que tradicionalmente se ha representado la mirada del sujeto universal no nombrado: el hombre blanco, heterosexual y de clase alta. En contraposición se propone la construcción de conocimientos situados, que visualicen el cuerpo como el sitio primario donde se elaboran los saberes y sentidos que se tienen sobre el mundo. Esta premisa abre la puerta para que las mujeres creemos valores alternativos que recojan y expresen nuestras vivencias.

El encarnamiento de la política feminista se ve reflejada en la multiplicidad de voces que la configuran, mostrando que ser mujer no se puede encasillar dentro de una única experiencia. En la medida que el feminismo se masifica entre más y más mujeres, las diversas experiencias convergen, disputan y dialogan, abriendo nuevos cuestionamientos que reformulan el pensamiento feminista.

PRIMERAS EXPERIENCIAS DE ORGANIZACIÓN ENTRE MUJERES

Si buscamos trazar los orígenes del feminismo, debemos remitirnos a la Europa de la Ilustración y la Revolución Francesa, donde la conformación de la democracia y los Estados modernos se sustenta en la exclusión de las mujeres como ciudadanas en igualdad de derechos, a pesar de los ideales que se propugnaban durante la época, siendo los mismos filósofos de la Ilustración quienes construyeron la inferioridad biológica de las mujeres ante los hombres.

Ante ello pensadoras como Olimpia de Gouges o Mary Wollstonecraft elaboraron críticas que reivindicaban el lugar de las mujeres en la sociedad; no obstante, una protesta de mayor masividad y alcance no tuvo lugar hasta 1848 en la ciudad de Nueva York, Estados Unidos. De allí emerge el movimiento sufragista —que posteriormente se extiende a Europa Occidental—, el cual tuvo por objetivo la obtención del derecho a voto y el derecho a educación para las mujeres, que fueron conseguidos en distintos países dentro de un periodo de ochenta años.

En los países latinoamericanos, entre ellos Chile, las mujeres comenzaron a organizarse al albor de la subversión de los movimientos obreros, anarquistas y socialistas durante las primeras décadas del siglo XX, impulsando ideas sobre su condición de mujeres trabajadoras pero también en torno al poder de la Iglesia en la sociedad, cuestionando instituciones como la familia, el matrimonio y la coartación de su sexualidad. Mujeres como la española Belén de Sárraga o la dirigente iquiqueña Teresa Flores, fueron claves durante este proceso.

Tras estas primeras experiencias organizativas, el sufragismo se instala en Chile a partir de la década del 30 hasta 1949, momento en que las mujeres obtuvieron el derecho a voto. Si bien existían varias agrupaciones de mujeres en la época, el Movimiento Pro Emancipación de las Mujeres de Chile (MEMCH) fue fundamental para la conducción de la lucha social, destacando el activismo de Elena Caffarena, Marta Vergara y Olga Poblete. Las memchistas se caracterizaron por levantar un programa emancipador que cuestionaba el rol de las mujeres en la sociedad, con demandas como el derecho al divorcio, el acceso a métodos anticonceptivos y el aborto; entre otras reivindicaciones sociales.



Elena Caffarena campaña radial MEMCH Radio Nacional 1938

MOVIMIENTO DE MUJERES Y FEMINISTAS EN CHILE

Entre 1950 y 1973, las mujeres no lucharon por sus propias reivindicaciones sino que se sumaron al proyecto socialista común que se estaba gestando, participando en partidos políticos u otra organizaciones de carácter mixto, apostando a que una transformación radical de la sociedad cambiaría por extensión sus condiciones de vida.

Tras el golpe de Estado que culminó súbitamente con el sueño de la Unidad Popular, la necesidad de sustentar y defender la vida hizo que las mujeres se volvieran a encontrar en marchas, huelgas y manifestaciones callejeras contra la dictadura, a la vez que en ollas comunes y redes solidarias que fueron tejiendo para la subsistencia; reorganizándose a pesar del desmembramiento de la política que habían construido hasta ese momento.

Luego de largos años en organizaciones mixtas, las reflexiones sobre su lugar en la política abrieron caminos hacia la autonomía y espacios de debate propios en los que desentrañar el ser mujer. La participación en los Encuentros Feministas Latinoamericanos y del Caribe en los años ochenta, fue crucial en el proceso de ir cuajando los ideales emancipadores de sus antecesoras con las corrientes feministas ya existentes en otras latitudes, a lo cual se sumó las experiencias y conocimientos de aquellas que retornaron del exilio desde Europa.



Latinoamérica estuvo influenciada por las ideas desarrolladas en Europa Occidental y Estados Unidos, donde el feminismo se había consolidado a partir de la década del sesenta, fruto del malestar de las mujeres tras la Segunda Guerra Mundial. Habiendo ingresado masivamente al mercado laboral producto de la ausencia masculina, las políticas gubernamentales desplegadas para devolver a las mujeres al hogar fueron la constatación de que el sufragio universal no supuso un cambio de su rol dentro de la sociedad.

Enmarcadas en los movimientos contraculturales de la posguerra, no solo empujaron nuevos cambios legislativos, sino que también comenzaron a cuestionar los aspectos culturales, económicos y morales que perpetúan la dominación masculina, elaborando el concepto de patriarcado. La idea de que lo personal es político sintetiza las reflexiones de las feministas sobre el ámbito familiar y privado, a la vez que representa la práctica política que empezaron a prefigurar entre sí.

El movimiento de mujeres y feministas en Chile alcanzó su mayor nivel de coordinación entre 1983 y 1987. Un nudo crucial fue la tensión entre las organizaciones que priorizan manifestarse contra la dictadura, mientras otras instaban a también cuestionar el sistema y las formas de relacionamiento social en su conjunto. "Democracia en el país y en la casa", fue la consigna que conjugó ambos posicionamientos,

Acto feminista, agosto de 1983, e Biblioteca Nacional. Fotografía de Kena Lorenzini.



siendo Julieta Kirkwood quien empezó a problematizar si era posible la democracia si es que no se impulsaba también la autonomía de las mujeres.

TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA Y FEMINISMOS CONTEMPORÁNEOS

A nivel mundial, la década de los noventa significó un proceso de institucionalización del movimiento feminista, a partir de la conformación de organismos internacionales, convenios y las cuatro conferencias mundiales sobre la mujer. Esto conlleva a la creación de nuevos organismos estatales, la proliferación de ONGs y centros de estudios de la mujer.

Chile no fue la excepción: durante el retorno a la democracia, el movimiento de mujeres y feministas estuvo marcado por la tensión entre la política institucional y las agrupaciones autónomas. Estas últimas, continuando las reflexiones sobre la violencia que vivían las mujeres en el ámbito de lo privado, siguieron profundizando en la comprensión del problema y accionando para su desnaturalización en la sociedad.

A través de las dos primeras décadas de este siglo, en América Latina se diversifican las voces que encarnan el feminismo, estando presentes mujeres negras, indígenas, jóvenes, lesbianas, entre otras. Por ejemplo en Chile, el movimiento estudiantil fue el escenario en que las jóvenes desarrollan una crítica antipatriarcal que alcanza su mayor visibilidad con las tomas feministas en mayo de 2018, para exigir la erradicación del sexismo y la violencia machista en las aulas. La universidad también es el lugar donde se vinculan los movimientos de la disidencia sexual con el feminismo, ampliando su comprensión y acción política.

Esta multiplicidad de voces ha traído consigo miradas críticas hacia el pensamiento feminista clásico, sobretudo desde feministas negras e indígenas. Dada la relación centro-periferia que se establece desde el Sur global con los países del Norte, el feminismo vendría a representar una colonialidad discursiva dentro del contexto latinoamericano, que perpetúa la modernidad y el racismo impuestos a nuestros territorios.



Por ello retoman las reflexiones desarrolladas por los feminismos negros y chicanos en Estados Unidos, los cuales introducen la lógica de la interseccionalidad para tensionar el feminismo desde su situación como mujeres racializadas. Explican que, si bien el género y la raza son condiciones de opresión diferenciadas, estas se cruzan o interconectan —al igual que cuestiones como la clase, edad o sexualidad, por mencionar algunas— generando distintas condiciones de vida entre las mismas mujeres.

No obstante, la antropóloga Ochy Curiel crítica que esta mirada carece de historicidad y territorialidad, explicando que si bien muchas sociedades han experimentado hechos coloniales, no todas han sido colonizadas en el mismo sentido y, por tanto, las vivencias de quienes las habitan no son similares.

En esta polifonía abrumante, tan múltiple como diversas somos las mujeres, nos preguntamos cuál es la sustancia que nos enmarca dentro del horizonte político feminista, a la vez que asumimos el desafío de generar vínculos entre distintos escenarios de conflicto y resistencia, para construir una alternativa política transformadora. En la práctica nos invitamos a reflexionar: ¿qué implica en nuestras vidas ser antipatriarcales, anticapitalistas, antirracistas o antiextractivistas? ¿De qué manera lo somos o cómo podríamos serlo?

La Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres es una articulación de organizaciones sociales, colectivas feministas, ONGs y personas comprometidas por la erradicación de la violencia contra las mujeres en todo el país.

Sus propósitos son:

- Apoyar el fortalecimiento de las organizaciones de mujeres y feministas en su rol social y político.
- Coordinar acciones de intervención y denuncia pública de toda violencia contra las mujeres.
- Promover, en todos los ámbitos, la transformación de los patrones culturales que sostienen la discriminación y la violencia como formas de relacionamiento entre las personas, en particular entre los hombres y las mujeres.
- Exigir políticas y leyes eficaces para la prevención, sanción y erradicación definitiva de toda manifestación de violencia contra las mujeres.

www.nomasviolenciacontramujeres.cl



@RedContraViolenciaMujeres



@Mujeres.Red



@MujeresRed



HEINRICH
BÖLL
STIFTUNG
CONO SUR